

Cosas raras

El hombre saca su lista de pedidos de almacén y dice al dependiente:

--Mándeme todo esto.

El dependiente recorre la lista y dice, al llegar al final:

--Imposible, señor.

--¿Qué es lo imposible?

El cliente lleva varios billetes de a cien pesos en el bolsillo, cosa que le ocurre sólo una vez al mes -- inmediatamente después de haber cobrado su sueldo --, y encuentra raro que un almacenero le diga que hay algo imposible.

--El azúcar, señor.

--¿Qué pasa con el azúcar?

--No tenemos.

--¿No tienen azúcar? ¡Pero, cómo! Si he leído en El Mercurio, hace dos o tres días, que había azúcar para todo el mundo y en las cantidades que todo el mundo deseara.

--Eso dicen los diarios, señor, pero... no tenemos azúcar.

--Pero El Mercurio no puede mentir. Es un diario serio. Yo trabajo en él.

--Así, será, señor; pero no hay azúcar. No tenemos ni un kilo. No sabemos, tampoco, cuándo nos darán ni cuánta.

¡Qué cosa más rara! El hombre paga, rezongando, los veinte kilos de azúcar que figuran en la lista, previa promesa del dependiente de que se los enviarán tan pronto reciban "de la blanca", y se va. Este arreglo, sin embargo, no lo tranquiliza, no puede tranquilizarlo; es algo absurdo, fuera de lo normal, y él odia lo absurdo y lo anormal. Es un hombre que paga religiosamente todas sus contribuciones y tributos: el impuesto a la renta, el impuesto de cesantes, el 2%, el 1%, la

ley de estampillas número tanto, el complementario, el suplementario y la mar en coche. Y después de pagar todo eso, en la seguridad de que lo paga para facilitar la gestión del gobierno constitucional de la República y/todos sus servicios administrativos y de vigilancia o atención, resulta que va a comprar veinte miserables kilos de azúcar y le dicen que no hay.

--No hay reciprocidad -- murmura el hombre --. Algo anda mal aquí. Alguien se ríe del gobierno y de mí y hace conmigo y con el gobierno lo que le da la real gana. Malo, malo. Cuando en un país empiezan a suceder cosas raras como éstas, es que su espinazo, su raíz, su médula (dicen que médula se escribe ahora sin acento: medula, ¡qué raro suena!), andan mal, están reblandecidas, podridas o carcomidas...

Y el hombre, durante un largo rato, mientras marcha por la calle, monologa y rezonga a su gusto. Ya en la oficina, un poco más tranquilo, al disponerse al trabajo, ve que su compañero de labores, que viene llegando, empieza a sacar del bolsillo ~~muchas~~ ^{desusadas} cantidades de paquetes de cigarrillos.

--¿Qué te pasa? ¿Te dedicas ahora a acaparar tabaco?

El compañero suelta la risa:

--¿Acaparar yo? Nada de eso. Fui a comprar cigarrillos y pagué con un billete de a veinte pesos. La cigarrera me dijo que no tenía vuelto y que nadie en la calle ni en el barrio me lo daría. En vista de eso invertí en cigarrillos todo el billete.

Mientras el compañero habla, se oye en la calle un altoparlante que habla de seguridad, honradez, prosperidad, atención.

--¿Qué te parece?

--¿Qué me va a parecer? Todos han dicho lo mismo y ya ves cómo estamos: viviendo en mundo de cosas raras.

Manuel Rojas